



TÚ ERES
MI SECRETO

NO TE ESCONDAS

-LAURA BARCALI-



NO TE ESCONDAS

-Laura Barcali-

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2019, No te escondas

©2019, Laura Bartolomé Carpena

doriannelor@gmail.com

Revisión: Nari

narispringfield@gmail.com

Auto publicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna for-

ma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

«NO TE ESCONDAS»

Capítulo 1

Ángel aparcó en la plaza de parking que le correspondía y se bajó del coche dando un portazo casi violento. Miró su móvil y tenía cuatro llamadas perdidas de su padre, que no contestó de forma deliberada; no le soportaba. Y menos ganas tenía de escucharlo esa noche.

Hacía tan solo media hora que había cortado con la chica que sus padres le presentaron un par de meses antes, Inés, obsesionados con que tuviera novia de una vez, y de buena familia, por supuesto. Lo intentó porque era una chica maja y divertida, pero no conseguía sentirse demasiado atraído y seguir con aquello le pareció absurdo. Él no era mala persona, así que no quería hacer perder el tiempo a Inés. La hizo sufrir, pero quedaron al menos en paz ambos, pues tampoco llevaban más de dos meses de «relación», si se la podía llamar así.

En cualquier caso, aquello le cabreaba porque estaba harto de que su padre se metiera en su vida una y otra vez. Tenía ya veintitrés años, era mayorcito para saber con quién quería salir, lo que deseaba estudiar y era capaz de vivir solo. Al menos lo último era real.

Solo tenía ganas de llegar a su piso, meterse en la cama y sobar, para no tener que andar pensando en nada.

Tras subir en el ascensor y mirar los mensajes del móvil del grupo de amigos, guardó el teléfono en su bolsa y salió con las manos en los bolsillos al llegar a la quinta planta.

Ángel se quedó sorprendido al ver, junto a su puerta y apoyado en la pared, a un hombre bastante alto y algo corpulento, de cabello rubio blanquecino y con gafas de sol claras, lo cual le dejó descolocado pues era de noche. A su

lado había un maletón. El hombretón se le quedó mirando, y cuando fue a abrir la puerta de su casa, le habló quitándose las gafas.

—Disculpa, ¿tú eres Ángel Bosch?

Este reparó durante dos segundos en la cicatriz que le cruzaba el ojo derecho de abajo a arriba.

—¿Quién lo pregunta? —le contestó.

—Me llamo Zenón de la Cruz y... —Le tendió la mano, pero Ángel cruzó los brazos, así que tuvo que bajarla.

—¿Y?

—... y tu padre me ha contratado para vigilarte y ser...

—¡Vigilarme! ¡¡A mí!! —interrumpió a Zenón a grito pelado, evidentemente ofendido.

—Seré como tu guardaespaldas y profesor. Algo así como un tutor. ¿No te avisó tu padre? —Zenón se mantuvo tranquilo a pesar de la reacción de Ángel.

—¡Anda ya! —El joven moreno se dio la vuelta haciendo aspavientos—. Vaya bromitas me hacen esos capullos —comentó pensando que era cosa de los muy cachondos de sus amigos.

El hombre se quedó confundido. Había ido allí pensando que Ángel sabía de su existencia.

—¡Diles que se vayan a la mierda! —Ángel levantó el dedo en señal de «que te jodan».

—En serio que me ha contratado tu padre. Voy a llamarlo y verás como es cierto.

Zenón sacó su móvil y buscó el contacto, llevándose el smartphone a la oreja.

—Buenas noches, Sr. Bosch. Sí, sí, cabo de decírselo, pero...

Antes de poder decir una palabra más, el joven le arrancó el aparato de la mano.

—¡Sois muy graciosos, cabrones! —bramó creyendo que hablaba con alguno de sus amigos.

—¡Ángel! —La voz autoritaria de su padre lo dejó más blanco que el papel. Zenón observó la cara que se le ponía—. El señor de la Cruz será tu tutor, vivirá contigo en el piso y te vigilará.

—Pero... —intentó hablar.

—No vas a las clases de Derecho, ni trabajas, ni haces nada. Además, tengo indicios de que podrían secuestrarte como hicieron con tu hermana.

«¿Secuestrarme?», pensó en los malos momentos pasados con su hermana años atrás, antes de que la soltaran tras pagar un rescate.

—Pero, ¿de qué vas? ¿Estás de broma?

—¡No! Así que hazte a la idea de que el Sr. de la Cruz te acompañará a todas partes. Buenas noches.

Y le colgó.

Ángel, totalmente ofuscado, estampó el móvil contra el ancho pecho de Zenón, para devolvérselo.

—¡Escúchame bien! —le chilló, casi histérico, mientras abría la puerta de su casa—. Si vas a vivir aquí, atente a mis normas.

Zenón le siguió sujetando su maleta y cerrando la puerta tras de sí.

—Ni fumar, ni fiestas, ni traer amistades, y mucho menos tías. —Volvió a cruzarse de brazos. De pronto sintió el cuerpo del hombre detrás de él y su contacto en los hombros.

—Sé que no te gusta que esté aquí, pero has de entender que hago mi trabajo. Espero que seamos amigos.

El moreno giró medio cuerpo y lo miró con sus intensos ojos verde esmeralda. Se acercó al rubio y le dijo:

—¡No me vuelvas a tocar! ¿Has entendido?

Zenón se quedó estupefacto y retiró las manos de sus hombros, algo ofuscado.

—¡Vale! Usted perdone, señorito —contestó con las palmas abiertas y un calor que le subió del estómago hasta las mejillas.

Ángel se frotaba la cabeza, pensando en que cuando sus amigos se entraran iba a ser el descojone durante meses o incluso años.

—¿Y dónde duermo yo?

—¡Apáñatelas tú solito, joder! ¡Por ahí tienes una habitación libre!

—¡No hace falta hablarme así! —El hombretón perdió los nervios.

—Me voy a sobar, no me molestes —sentenció.

Ángel cruzó los brazos de nuevo y se marchó hacia su cuarto, dando un portazo.

Zenón se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá, acalorado. Cruzó también sus brazos y suspiró intentando calmarse.

«Menudo mal genio tiene el niño pijo este. Espero acostumbrarme».

Cogió la maleta y buscó la habitación libre, intentando no entrar en la de Ángel, aunque supuso que era la que estaba cerrada, ya que la otra era el baño.

Entró y encendió la luz. La habitación era sencilla; una cama, un armario y una mesa con su silla. Pero estaba llena de trastos: cajas de consolas, videojuegos, y material de pintura como caballetes y lienzos tapados.

—Bueno, ya la arreglaré...

Estaba cansado del viaje, desde Madrid hasta Barcelona en tren, y todo el día con el Sr. Gabriel Bosch. Le había dicho este que su hijo tenía mal carácter, pero no se esperaba semejante recibimiento.

Se despojó de la ropa y buscó los pantalones del pijama en la maleta. Durmió sin camiseta, pues seguía acalorado todavía. Sus músculos estaban muy bien definidos y trabajados.

Cerró los ojos y pensó en la mirada de Ángel, intensa y verde.

«No me esperaba que fuera tan guapo y estuviera tan bueno, menudo marrón me ha tocado».

Y prefirió no pensar más.

Por su lado, Ángel se tapó hasta la barbilla, ofuscado, frustrado y asqueado de la vida.

«¿Por qué papá es así siempre conmigo?», pensó. «Quería estudiar otra cosa, pero me he vendido por un coche, un piso y una paga. Y ahora me manda a ese tío. ¡Qué mierda!».

Le costó dormir, pero al final lo consiguió, no sin pensar antes en el escalofrío al sentir las manos de Zenón tocándole los hombros con cuidado.

Capítulo 2

Zenón se levantó, como de costumbre, a las seis y media de la mañana. Hizo unas flexiones, se duchó, y se arregló la perilla, de color más oscuro que su cabello, antes de hacerse el desayuno.

El hombre se sentó para tomarse una taza de té, cuando escuchó que la puerta de la habitación del joven moreno se abría y este se le acercaba en pijama y con una sonrisa en la cara.

—¡¡Buenos días por la mañana, Zenoncito!! —lo saludó.

El rubio se quedó pasmado por cómo lo había llamado. No era precisamente un hombre de tamaño pequeño con su metro noventa. ¿Y qué eran esas confianzas?

Ángel se le sentó al lado y le pasó el brazo por los hombros.

—No hace falta que me acompañes a clase —dijo Ángel—. Te prometo asistir —continuó, acercándose más.

Zenón dejó la taza sobre la barra americana.

—Si no voy, estaré haciendo de forma incorrecta mi trabajo. ¿No te parece?

—¡Estudio Derecho por obligación! ¡No quiero ir a clase, no me da la puta gana! —El buen humor de Ángel desapareció al comprobar que no podía camelarse con tanta facilidad a su nuevo guardaespaldas.

El rubio se levantó y cruzó los brazos, mientras su compañero de piso le dio la espalda, obstinado.

—Mira, niño. Yo me saqué dos carreras, cuidé de mi madre enferma y trabajé, todo a la vez. Acepté este trabajo porque tu padre me lo paga muy bien y no terminará hasta que consigas todos los créditos que te faltan.

Se dio la vuelta dejando sentado a Ángel, callado como una tumba.

—Y ahora levanta el culo, «Angelito». —Se la devolvió—. Nos vamos a clase.

Este puso los ojos en blanco y se mordió el labio con rabia. Aquel grandote iba a ser duro de roer.

Tras aparcar cerca de la Facultad de Derecho, de chiripa, ambos caminaron por los pasillos del edificio. Ángel delante y Zenón detrás.

—¿Me tienes que seguir a todas partes? —preguntó el moreno, molesto.

—¿Tengo que contestar a esa estúpida pregunta? —le respondió su inseparable acompañante.

De pronto, Ángel se dio la vuelta y sujetó al hombre por la solapa de la chaqueta, levantando la cabeza porque era unos quince centímetros más bajo que él.

—Es que quedé con mis amigos en la cantina. Y si te ven, pasaré vergüenza... —comentó con una mueca infantil.

El rubio fue incapaz de no fijarse en sus ojazos y sus labios, empezando a latirle el corazón más rápido de lo que le hubiera gustado.

—¿Puedo ir sin que vengas, Zen? —le acertó el nombre sin más, mientras le ponía las manos en los hombros—. Solo un rato, por favor —añadió en un tono de voz amable.

—Bueno, vale, pero me quedaré cerca —claudicó.

Ángel se separó con rapidez dando una vuelta sobre sí mismo, pagado ante su triunfo.

—¡Te gané!

Zen suspiró resignado mientras lo seguía hasta la cafetería.

«Cuando me mira con esos ojos no sé qué me pasa», pensó mientras se quitaba un momento las gafas de sol.

—¡Mueve el culo, guardaespaldas! —le instó el moreno.

«Zenón, no seas estúpido, no es más que un niño malcriado», se dijo mientras caminaba tras él, a una distancia prudencial.

Ya en la cantina, Ángel se sentó en una mesa libre esperando a que aparecieran Ignasi y Eva, sus mejores amigos. Observó la corpulenta espalda de Zenón, que leía un periódico en la barra.

«Me sabe mal ser tan borde con él, parece buen tío y solo hace su trabajo», pensó el moreno.

—¡Ángel! Ha sucedido un milagro.

Una mujer oronda, rubia de pelo corto y ensortijado apareció junto a un chico alto y delgado, moreno y de cabellos negros.

—¿Por qué dices eso, Eva?

—Hombre, has venido a clase. No puede ser más que un milagro —comentó Ignasi mientras se sentaba frente a él.

—Mi padre me dio un ultimátum imposible de rechazar —contestó agobiado.

—¿Cuál? ¿Coche, casa o dinero? ¿Qué te ha dicho que te iba a quitar?

—¡Nada de eso! Es otra cosa, pero no quiero hablarlo ahora mismo. Comentemos sobre...

—¡Como de lo bueno que está ese pedazo de rubio de allí! —Eva Señaló a Zenón sin pudor alguno—. Joder, qué follable, hasta decir basta. ¡Cosica guapa!

Ángel e Ignasi se quedaron estupefactos ante semejante lenguaje. Aunque Eva no se cortaba en mirar culos masculi-

nos y catalogar a los hombres de menos a más follables, aquella vez estaba entusiasmada de veras.

—¿Hablas de ese tío? —preguntó Ángel.

—Sí, del que viene directo hacia aquí. Ains, qué calor tengo.

Eva lo miró con total descaro y una sonrisilla en los labios mientras Ángel entraba en pánico y sentía un sudor frío que le recorría la espalda. Zenón apoyó el brazo en uno de sus hombros y le tendió el periódico.

—Perdona, te lo has dejado antes en clase, así que te lo devuelvo —se inventó el rubio.

«Donde las dan, las toman, Angelito», pensó.

Sonrió a los amigos del joven y se despidió. Eva babeaba sin control.

—Menuda voz tiene, qué sexy.

—¡Estás fatal, Eva! —exclamó Ignasi. Luego se fijó en lo acalorado que estaba Ángel.

—¿A ti también te ha molado el tío?

—¡Qué! —chilló—. Deja de decir chorradas.

Hizo como que miraba el periódico y se encontró escrito un mensaje en él:

«Nos vamos, Angelito, mueve el culo».

Estrujó el diario entre las manos, con ofuscación.

Zenón, por su parte, salió por la puerta de la cantina y, sin querer, empujó a una chica morena de preciosos ojos azules, haciendo que se le cayeran los apuntes al suelo.

—¡Perdona! —se disculpó mientras le recogía los papeles.

—Tranquilo, iba despistada, pero eres tan grandote que he rebotado.

—Deja que te ayude, guapa.

—Lo siento, soy lesbiana —contestó con total naturalidad.

Zenón casi se echó a reír ante semejante franqueza.

Ambos se pusieron de pie. Él le tendió la última hoja suelta.

—Pues mira, yo soy gay, ya ves.

—¡Bien por ti, guapo! —se la devolvió.

—Soy Zenón, encantado.

—Y yo Henar, encantada también.

—Oye, disculpa la indiscreción, pero... ¿llevas un ojo de cristal? —comentó un tanto azorada, al darse cuenta de que el hombre tenía una cicatriz y un ojo fijo.

—Oh, es una prótesis ocular, pero no es de cristal. Tuve un accidente de niño y perdí el ojo completo.

Ángel, observando desde unos metros, y con el ceño fruncido, observó la escena. Ella le tocaba la cicatriz. Ya se había dado cuenta de que tenía un ojo «falso», y que por eso llevaba casi todo el tiempo gafas de sol. Pero no se atrevía a hablarle de ello.

«Acaba de llegar y ya tiene a todas las tías loquitas por él. Se supone que me tiene que hacer caso a mí, no estar ligando».

Sintió unos extraños e incatalogables celos, que le instaron en ir hasta la pareja y tocar el hombro de Zenón.

—¿No tenías tanta prisa? ¡Pues mueve el culo tú! Te espero en el coche. ¡Ya!

Y se dio la vuelta, airado.

—En fin, ese es mi simpático compañero de piso.

—¿Te gusta? —preguntó ella—. Es mono aunque sea un tío.

—Es un niño pijo con muy mala leche. Todo lo que tiene de guapo lo tiene de idiota —sentenció.

—Pues no veas la cara que se te ha quedado al verle.

Zenón enrojeció un poco y carraspeó.

—No tengo tiempo para fijarme en hombres.

—Recuerda que sobre los sentimientos no mandamos — le aconsejó la joven.

—Lo tendré en cuenta. Espero que nos veamos pronto.

—¡Toma mi número! —Se pasaron sus contactos.

—¡Hasta pronto, guapa!

—¡Hasta pronto, guapo!

Y así se separaron.

Ángel continuó enfurruñado hasta llegar al coche, seguido de Zenón.

—¿Y tu ligue? —le preguntó—. Estaba bastante buena. Esa puedes traerla a casa si quieres.

—No seas bruto. No es mi ligue, se llama Henar, y no le interesas.

—¿Tienes miedo de que te la quite? —fanfarroneó.

Zenón se le quedó mirando un momento y luego se echó a reír con ganas.

—¡De qué te ríes, «desgraciao»! —exclamó herido en su orgullo.

Lo sujetó por el pelo rubio, estirándolo, de pura rabia por las risas que se estaba echando a su costa.

—¡Auh! Simplemente la chica tiene gustos muy distintos.

—¡Claro! Le gustan los rubios altos, cachas y macizos como tú —contestó Ángel, casi sin percatarse de lo que acababa de decir.

Zenón enrojeció de golpe, al escucharle aquello. Aunque pensó que se estaba riendo de él.

—¡Vámonos! —le ordenó mientras se subía al coche.

El joven moreno se quedó de pie, pensando;